**El fruto de su vientre**

**Lema: Charlie Brooker**

**El fruto de su vientre**

Solo había visto el piso una vez, cuando su hijo lo compró con sus ahorros y una hipoteca a diez años. No le había pedido consejo antes de meterse en esa inversión, pero su conformidad, mientras abría y cerraba puertas y decía “sí” con la cabeza, pareció agradarle. Luego bajaron a la cafetería de la esquina y tomaron café y unos pasteles. No tenía ni cafetera, y ella le acabó regalando la suya. Ya no volvió.

Se veían siempre en su casa –la casa donde lo había criado–, para comer si Chema salía pronto del trabajo, o para charlar un poco y jugar a las cartas (a ella le gustaba el tute). Hasta se olvidó de darle una llave. Tampoco había necesidad. Él llevaba su vida y ella no se inmiscuía en sus asuntos. Si salía con una chica o con otra, si fumaba o no, no era de su incumbencia. Su hijo la quería y contaba con ella para comer y jugar a las cartas. Eso era lo único que importaba.

Se había quedado viuda a los treinta y cinco años, y su “niño” acababa de morir a la misma edad que su marido, treinta y ocho. A Paco se lo llevó un infarto –él sí fumaba, mucho– y a Chema lo había destripado una bomba en un vagón de metro: había sido una de las veinte víctimas de la última barbarie terrorista en la capital. Los periódicos habían publicado su fotografía, bajada de su página de *facebook*, sobre una columna llena de inexactitudes, fruto de la urgencia del cierre. “Un hombre comprometido con varias causas sociales, deportista y con mucho sentido del humor”, lo describían. Varias radios y televisiones intentaron contactar con ella para que exhibiera en público su abatimiento o su ira. Ella no quiso hablar con nadie. El conjuro de las palabras no lo regresaría a la vida, y sus lágrimas sabían a sal, igual que todas. Que hablaran otras madres de sus hijos y recibieran el consuelo de los supervivientes.

Su pequeño ya no estaba, y la ilusión de esperarlo para comer y cantarle las cuarenta se desvaneció antes de lo que hubiera previsto. Era una mujer dura y sensata, no le había quedado más remedio. Sus amigas –Isabel, Carmela, Toti, Gabriela, Ana y Paquita– y los compañeros de él en el ministerio cumplieron con el ritual del pésame, y un par de chicas de las que no había oído hablar se disputaron sus cuidados en el tanatorio. Después, era consciente de ello, llegaría el tic-tac del reloj, el lamento de los muebles por la noche y las tertulias de radio para no sentirse sola; aunque los primeros días se negó a encenderla. Le incomodaban las banderas a media asta, la tristeza afectada de los vecinos con los que se cruzaba por la escalera, y, por encima de todo, el aliento superficial de los políticos, que se llenaban la boca hablando de justicia y de la fortaleza de las instituciones.

La gente estaba lo bastante loca para reventar un vagón de metro lleno de pasajeros, y era tan obtusa que, incluso a esa enormidad de gato, le buscaba tres pies. Su hijo había sido víctima del azar y el odio. A mediodía la llamó para decirle que al final no comería en casa, que saldría un poco más tarde. Tomó el metro a las seis y media y, en la tercera estación de su trayecto, una maleta abandonada junto a la puerta explotó y trituró a los viajeros que estaban más cerca. Veinte muertos y cincuenta heridos, la mayoría graves. El resto de pormenores solo servía para alimentar el morbo y alargar la pesadilla.

Hay dos formas de morir: con tiempo para despedirse o a la manera de los fugitivos. Chema era tan joven, que no tuvo opción de prepararse. Se ciñó a la vida y esquivó la trampa del papeleo, por lo que su madre tuvo que dedicar las primeras semanas a coser los flecos de la burocracia. Cerró sus cuentas bancarias, liquidó la hipoteca tirando de su plan de pensiones y puso en venta el coche, que aquella tarde le hubiera salvado la vida. Una tarde, el administrador de la comunidad le envió a un cerrajero, que le abrió las puertas del templo por segunda vez, sin ganas ya de inspeccionar los acabados y exhibir su orgullo de madre, la pantomima de un visitante ante el anfitrión. Su único testigo había muerto.

Chema era limpio y cuidadoso. Había decorado la casa con tan buen gusto, que la madre dio por sentado un toque final femenino, atribuible tal vez a una de las mujeres que le plantó sendos besos en las mejillas el día del adiós. De las paredes del salón colgaban fotografías ampliadas en blanco y negro de varios viajes al extranjero –París, Río de Janeiro, Bangkok– y, en el mueble, una catrina y un jarrón oriental escoltaban a la tele. No había muchos libros, pero quizá bastaran para toda una vida, sobre todo si esta era corta. En la mesilla de noche del dormitorio hizo inventario de un cenicero –o sea, que fumaba–, un despertador verde y un par de revistas; y, sobre una silla vieja, rebujada entre la ropa, vio una sonriente oveja de peluche vestida con la bandera de Irlanda. La colcha estaba puesta y la ropa en el armario, bien planchada, se apegaba a su olor: la madre se abrazó a un abrigo oscuro que colgaba de una percha y al momento se retiró avergonzada por esa escena de melodrama. En la encimera de la cocina, una radio *vintage*; a su lado, una fuente rebosante de nueces. Abrió la nevera y se sirvió una cerveza. Los yogures estaban a punto de caducar, y un par de peras se veían blandas.

En el despacho, subió la persiana hasta el tope y encendió el ordenador, sin mucha fe en salvar la ventana de la contraseña. No se la pidió, y se plantó, impune, en el escritorio, donde leyó los nombres de las carpetas: Semana, Móvil, Varios, Pen\_amarillo, Fotos… Optó por esta última. En el tanatorio le habían ofrecido una suerte de cofre con sus cenizas, y ella las había rechazado, molesta porque alguien, un cretino de traje gris marengo, pudiera pensar que su hijo no era más que un puñado de polvo y que cabía en una caja comprada en los chinos. Quería verlo otra vez, y proyectar su altura, su volumen y hasta el color de sus mejillas a partir de un conjunto de bits.

Pero no encontró a su hijo en la carpeta. Chema también estaba ausente en esa colmena virtual, abarrotada de imágenes de niñas y niños desnudos, en posturas que no dejaban lugar a la imaginación ni al engaño.

Se preguntó, en voz alta: “¿Qué es esto?”, y se dejó vencer por el asco. Corrió al cuarto de baño, y se acuclilló ante la taza de váter, con los miasmas de la cerveza en la garganta. La rabia le pesaba más que la incredulidad. Acababa de descubrir que su hijo coleccionaba pornografía infantil. Que su hijo era un pederasta; y esa palabra –palabra de telediario, exótica, imposible en su boca– la abismó en un horror indecible. Su hijo era un monstruo. Pero seguía siendo su hijo, el fruto de su vientre, y a la náusea inicial se sumó un automático sentimiento de culpa. Lo había traído al mundo, pero no había sabido conducirlo por el recto camino, quizá porque no estuvo lo bastante encima de él, quizá justo por lo contrario.

Cabía preguntarse qué había fallado en ese cosmos tan perfecto, en el que los vagones de metro no saltaban por los aires, para que su hijo se hubiera convertido en una bestia, y era lícito preguntarse, también, cuándo había tenido lugar esa transformación, aunque nadie le fuera a dar ya una respuesta. El niño que en sus brazos tiraba, una y otra vez, una pelota a la moqueta, y a quien tantas veces había limpiado el culo frente a una pared pintada de estrellas, había ido degenerando hasta la maldad absoluta de gozar con imágenes de abusos a menores.

Tras tirar de la cadena, volvió al despacho, y bajó un poco la persiana hasta dejarlo en penumbra. Siguió pasando el cursor por el archivo de los horrores. Las pruebas eran tan concluyentes, que no le fue dado agarrarse a ningún pretexto exculpatorio. Su hijo era lo que era. No se había infiltrado en una red de prostitución infantil para dar caza a los malos, ni trabajaba como *free-lance* en una investigación periodística. Su hijo era un funcionario en el ministerio de Sanidad que se excitaba con la tortura de los más inocentes; y la bomba que semanas atrás lo había despedazado en el metro había sido una bendición, un imprevisto regalo a la humanidad.

En su vértigo, tuvo miedo a distinguirlo en alguna de las miniaturas –no se atrevía a ampliarlas–, y a que esa visión se le encostrara para siempre en el alma, como un liquen de dolor. Cuando le contó su viaje a Tailandia, ¿qué le había ocultado?

Cerró la carpeta. Formatearía el equipo y lo destruiría a hachazos, hasta que no quedara rastro de la vergüenza, y la memoria póstuma de su hijo recuperara la gracia. Como si fuera posible recuperar la gracia… Además, ¿qué demonios era la gracia? Ella era la única persona cuyo perdón podía suplicar el cadáver de su hijo, porque, para el común de los mortales, Chema era una víctima, no un verdugo; un hombre comprometido con causas sociales, deportista y con sentido del humor.

Pero se negaba a ser cómplice de esa abominación. Su hijo ya no podía hacer más daño, pero otros como él sí, y los niños de las fotografías exigían que alguien saliera en su defensa. No eran de aquí. Los imaginó aterrorizados en unas lanchas zarandeadas por las olas del Mediterráneo, condenados por chalecos salvavidas rellenos de esponja, agazapados luego en los contenedores de unos camiones frigoríficos sin sistema de renovación de aire, perdidos, secuestrados, prostituidos por las mafias; y se echó a llorar. Su hijo ahora era un puñado de cenizas, sí, pero los hijos de las guerras –esas dianas de drones, esas velas en el océano– no habían perdido la esperanza.

Una madre nunca conoce a sus hijos. Son suyos solo cuando dependen de su amor para sobrevivir. Cuando Chema era pequeño y lloraba, intuía que algo estaba haciendo mal, y así, entre la ignorancia y el instinto, se orientaba; pero, al crecer, se tuvo que conformar con interrogarlo a los ojos y acompañarlo en su soledad sin que lo notara. Y no era suficiente. Aprendió a aceptar sus engaños y la imposibilidad de sanar su vacío. Ningún padre lo admite, pero la verdad es que los hijos no son ramas de su tronco, sino árboles autónomos, que, como ellos, viven y mueren solos.

Apagó el ordenador y se encendió un cigarrillo. Había comprado una cajetilla dos días atrás y, después de veinte años, se había fumado el primero. No quería volver, pero se convenció de que lo necesitaba. Ahora tenía que decidir el siguiente paso. El olvido o la memoria. Destruir las pruebas que incriminaban a su hijo o acudir a la Policía y contarles la verdad sobre esa víctima del azar, el odio y, ahora, de sí mismo.

Toti, su amiga, iba al psicólogo los martes y los jueves, y en el tanatorio le había obligado a apuntar el teléfono de la consulta, por si le apetecía probar. “Te vendrá bien”, le dijo. Quizá no fuera tan fuerte como pensaba, quizá el coraje no fuera más que una ilusión, otra más, un cuento fantástico con que camuflar el miedo y sentirnos invulnerables. ¿Qué le diría ese especialista? ¿Que ella no era culpable de nada? ¿Que quizá Chema fue víctima de abusos sexuales en su infancia? ¿Que empezó buscando vídeos de falsas adolescentes y violaciones, y la realidad acabó engullendo a la ficción? ¡Qué ciencia más conveniente, la psicología, que nos persuade de que todo ha de tener un porqué! Tenía otros números en su agenda, los de un par de radios y televisiones que estarían encantados de matar por segunda vez a su hijo y contar a su audiencia, con todo lujo de detalles, la historia de un ángel caído.

Sacó el móvil del bolso, uno de esos ladrillos de abuela fáciles de manejar, y pidió cita con el psicólogo para la semana siguiente. Luego salió de casa y preguntó en la calle por la comisaría más próxima.

Su hijo era un buen chico, estaba segura de que lo entendería.